



Buenos Aires, enero de 2019

## Circular N° 589

*Para las almas radicadas en lugares distantes y allí donde no funcionan comunidades.*

*Mis amados hermanos y hermanas:*

*Es de inmensa alegría poder acercarme a vosotros a través de estas líneas.*

*Deseo que este nuevo año nos permita disfrutar de nuestra "riqueza en Cristo". Esta riqueza nos permitirá crecer en la confianza, la fe y la esperanza en el cumplimiento de la promesa de nuestro Señor.*

*Que todos podamos alcanzar el día tan esperado con dignidad y participar junto a cada uno de nuestros seres amados.*

*¡En comunión con los Apóstoles les deseo de corazón, un muy bendecido nuevo año!*

*Un saludo cordial de quien les ama en Cristo,*

*Enrique Minio  
Apóstol de Distrito*

\*\*\*

***"Entonces tomé el librito de la mano del ángel, y lo comí; y era dulce en mi boca como la miel, pero cuando lo hube comido, amargó mi vientre."  
(Apocalipsis 10:10)***

Este texto en principio puede parecer un poco extraño, porque habla de "comer un librito". Es un texto del libro de Apocalipsis y como muchos de sus textos, tiene su interpretación. El libro es el Evangelio. Quiere decir que tomar ese libro se trata de recibir la enseñanza. Pero habla de "comer": significa no solamente recibirla sino también ocuparse de ella, ponerla por obra.

Aquí, quien vuelca estas palabras manifiesta dos sentimientos. Primero dice que lo sintió dulce en la boca, pero después lo sintió amargo. Esto tiene que ver, para nosotros hoy, con una reflexión del Evangelio, de la enseñanza, de la promesa, de todo lo que Dios nos ha brindado. Siempre tiene una parte dulce y una parte amarga. Y lo importante es que podamos reflexionar sobre ambas y "comerlo", es decir, ocuparnos del Evangelio y obrarlo, pero en su plenitud. Tenemos que tomarlo completo.

Un ejemplo de lo cotidiano: conozco a muchas personas a las que les gusta mucho la sandía, pero no la comen porque tienen que sacarle las semillas. El Evangelio tiene su parte dulce y tiene su parte amarga. Dios nos pide que podamos tomarlo completo, no separar una parte sí y otra parte no. Si no, no vamos a poder crecer a la imagen de Cristo, no vamos a poder alcanzar el día que nos ha sido prometido. Tenemos que tomarlo completo, con todo lo que trae.

Dios nos prometió la vida eterna. Esta es la parte dulce. Y nos hemos decidido a seguir el camino. Pero estar en el seguimiento implica una posición de renunciamiento. Vamos a pensar en el joven rico. Él se acercó a Cristo y le dijo: Maestro, cumplo todos los mandamientos. Le habló de los mandamientos y de su relación con el prójimo. Y preguntó entonces qué tenía que hacer para heredar la vida eterna. Jesús le dijo: Anda, vende todo lo que tienes y sígueme. El joven se quedó triste. No pudo renunciar a lo que tenía. Pero no estamos hablando solo de lo que tenía materialmente. Cristo le hablaba de seguirlo para establecer una relación plena con Dios. "Sígueme", para poder crecer en la fe. Él no pudo hacerlo. Esta era la parte amarga que tenía que aceptar y no pudo hacerlo.

Entonces, por un lado, la promesa. Pero, por otro lado, quedar en el seguimiento, quedar fieles en Cristo implica aceptar también la parte amarga del seguimiento, que hace al renunciamiento de muchas cosas en nuestra vida. Luego vamos a volver sobre esto.



Luego, cuando nos sentimos amados por Dios, cuando nos brinda su amor a través del Evangelio y a través de nuestra vida, ¿no sentimos que es algo dulce, no lo sentimos con alegría? El amor de Dios es incondicional. Nos llamó, nos dio esta promesa y nos ama. Intenta cubrirnos y prometió ayudarnos hasta el día del cumplimiento de la promesa. Esta también es la parte dulce. Pero cuando Jesús nos dice a través del Evangelio que Dios ama también al pecador, ama también a tu enemigo, ama también a aquel que no hace las cosas quizá como debería, ama a cada ser humano, esta es una parte amarga que tenemos que aceptar. Dios también ama al otro y no está en la condición de tu pensamiento, de tu sabiduría o de tu discernimiento el determinar a quién Dios tiene que amar o no. Dios ama a todos los seres humanos por igual. Entonces cuidado que no nos vaya a ocurrir como ocurrió en el relato del hijo pródigo. El hijo más joven le había pedido al padre todos sus bienes, le pidió la heredad, se fue y la malgastó. En un momento dado, cuando no podía más, dijo: bueno sería poder comer de lo que mi padre le da a los animales. Y volvió a la casa. El padre lo recibió, le dio ropas nuevas, hizo una fiesta e invitó a los amigos. ¿Y cuál fue el sentimiento del hermano mayor? Se enojó con el padre. Le dijo: Por mí nunca hiciste fiesta, ¡este malgastó todo y mira lo que estás haciendo!

Dios es así. Dios nos ama a todos, a aquellos que están dentro del camino de su enseñanza y a aquellos que no lo están. Y nos pide que también nosotros podamos aceptar esto, que no tengamos el sentimiento que tuvo este hermano mayor, que se enojó. No me voy a detener ahora en la Escritura, luego quien lo desee podrá profundizarlo (comparar con Lucas 15:11-32). Pero entonces esta es la parte amarga que a veces quizá tengamos que sentir. Dios nos ama a todos, nos brinda un amor incondicional, a nosotros y también al resto de quienes nos rodean. Tal cual somos nos ama. Luego intenta a través de la palabra ir buscando que cambiemos, porque nos ha dado primero esa promesa que es dulce.

Cuando el hombre cayó en pecado Dios estableció un camino para que pueda alcanzar salvación y redención, para ser salvos del pecado y de la muerte. Ese camino es Cristo. La posibilidad de tener salvación para nuestra alma es la parte dulce, pero la parte amarga, que cuesta a veces, es aceptar que nuestro modelo -como nos ha enseñado nuestro Apóstol Mayor- es Cristo. Es el único camino. Él dijo: Yo soy el camino, la verdad y la vida; nadie viene al Padre si no es por mí. Hay quienes entonces dicen: ¿pero para todo tengo que tomar el modelo de Cristo, creer en Él y seguirlo? Sí. Hay quienes hacen cosas positivas, tienen valores positivos. Puedo ser una buena persona sin tomar a Cristo como modelo, es cierto. Pero Dios nos está hablando de que para alcanzar la comunión eterna junto a Él tenemos que seguir a Cristo, su modelo, creer en Él, creer en su sacrificio. Entonces la parte dulce es la posibilidad de ser salvos, la parte amarga para algunos podría ser tener que seguir a Cristo y quedar fiel a Él, tomarlo como modelo. Porque no hay otro camino y esta es la parte que a veces a algunos les molesta aceptar.

Por otro lado, yo creo que a todos nosotros nos gusta el hecho de ser libres, de tomar nuestra decisión, de tener libre albedrío. Es algo que todos los seres humanos desean, creo. Es más, cuando vamos creciendo en la adolescencia vivimos un momento en que le decimos a nuestros padres: “Yo ya soy grande, ¿cuándo me vas a dejar tomar mi decisión?”. La realidad es que cuando pasa el tiempo y uno tiene que decidir, a veces dice: ¿quién podrá decidir por mí? Porque a uno le gusta decidir cuando las cosas salen bien, pero cuando salen mal piensa: ojalá encuentre a un culpable. La libertad de decisión es algo dulce, ese libre albedrío. Es lindo tener libertad de decisión, no sentirse condicionado. Pero si bien Dios nos da esta parte dulce de poder decidir libremente, por otro lado nos dice: Si te decidiste por Cristo y seguir en ese camino, la parte amarga es que tienes que luchar por confesarlo en tu vida. Y digo amarga porque a veces implica un sacrificio. Hay un texto que está en Juan, capítulo 12, que dice: “Con todo eso, aun de los gobernantes, muchos creyeron en él; pero a causa de los fariseos no lo confesaban, para no ser expulsados de la



sinagoga” (Juan 12:42). Tenían miedo de confesar a Cristo, “porque amaban más la gloria de los hombres que la gloria de Dios” (versículo 43).

Lo que tenemos que preguntarnos es: ¿confieso a Cristo o tengo algún tipo de temor en confesarlo? Soy cristiano, soy nuevoapostólico, espero a Cristo cada día, ¿o tengo temor? Porque tengo el libre albedrío que Dios me da de decidir, pero en contrapartida, ¿lo confesamos? Porque es factible que nos digan: sos una persona pensante, una persona inteligente, ¿cómo podés creer que Cristo va a venir con aquellos que antecedieron, que vas a recibir un cuerpo de transfiguración, que los otros van a recibir un cuerpo de resurrección? Es algo inentendible en nuestra mente. ¿Cómo podés creer que Cristo resucitó, que ascendió, que va a volver a venir? Algo inentendible en nuestra mente, nunca lo hemos visto esto. Pero, ¿lo puedo creer en el corazón? Porque cada vez que participamos de la Santa Cena estamos confesando a Cristo. Dios invita a participar de la Santa Cena a aquellos que han sido bautizados en el nombre del trino Dios, quiere decir que se decidieron a renunciar al diablo, a todo su obrar y ser, a renunciar al pecado. Y confiesan a Cristo, creen en su muerte, su resurrección, su ascensión y su retorno. Es decir, creen en Cristo plenamente. Por tanto, por un lado tenemos la libertad de decisión, como algo muy dulce. Por otro lado, Dios nos dice que tenemos que confesar a Cristo, porque esa libertad de decisión nos hace responsables. Cuando somos responsables hemos de dar respuestas. Cuando un niño no tiene capacidad de decisión el responsable es su padre. Luego cuando ya tiene la libertad de decisión, el responsable es uno. Nosotros somos responsables de la vida de nuestra alma. Decidimos nosotros. No podemos cargar con las culpas sobre quienes nos rodean, sobre el contexto, decir: “no puedo cumplir el Evangelio por todo lo que pasa a mi alrededor”. No. Somos responsables, tenemos libre albedrío, decidimos nosotros. La parte amarga es tener que dar respuesta. Lo cual significa tener también que confesar a Cristo, porque mi vida tiene que ser un ejemplo, tu vida tiene que ser un ejemplo, en obras, en palabras, hasta en pensamientos.

¿Cómo lo hacemos? No podemos dominar una emoción, uno se asusta, se enoja, no podemos dominarlo. Pero sí la reacción que produce el enojo. Eso depende de nosotros, porque ya es una decisión consciente. El hablar, el obrar, son una decisión consciente. Tengo que aprender a dominar mis pensamientos. Hay un viejo dicho que expresa: “no podés evitar que un pájaro te ensucie pero sí que haga un nido en tu cabeza”. Los que decidimos sobre nuestra vida somos nosotros. Por lo tanto somos responsables. Y esto es amargo a veces, no es tan dulce.

Pero Dios nos dice que lo tomemos todo. Dios nos dio una promesa, somos herederos de la gloria eterna. Esta promesa es muy dulce: vamos a estar con Dios, esto es hermoso. Pero para poder alcanzarla, nos dice la palabra y el Evangelio, tienes que tomar tu cruz cada día. Vas a tener que pasar las tribulaciones que te toque vivir sabiendo que allí va a estar Dios contigo. Nos va a estar ayudando también en la tribulación. Esto es bendición. Cuando estoy luchando, cuando estoy llevando una carga de familia, de trabajo, de salud, de afectos, de lo que fuere, también ahí Dios quiere bendecirme. Es una tribulación, es un dolor, es la parte amarga, pero tengo que llevarla adelante, cargar mi cruz y vencer. Es la parte amarga, pero luego voy a alcanzar la heredad en gloria y esta es la parte dulce.

Siempre el Evangelio tiene dos partes. El tema es si las aceptamos completas o no. Para alcanzar ese día. Dios es gracia, tiene gracia para con todos nosotros. Vamos a alcanzar salvación por fe en esa gracia. Una gracia que es para todos. ¿Qué diferencia hay entre el galardón al que hace 60 años que es nuevoapostólico y alguien que hace meses que lo es, o entre alguien que lleva un ministerio y alguien que no lo lleva, entre alguien que es un Diácono o el Apóstol, entre quien canta en el coro o quien realiza los arreglos florales? ¿Cuál es la diferencia en el galardón? Absolutamente ninguna. Es gracia de Dios y el galardón va a ser igual para todos.



Entonces alguien podría pensar, como los obreros en la viña, en aquella parábola en la que el dueño contrató a primera hora del día a algunos obreros para trabajar y les dijo: a cada uno le voy a pagar un denario (que era el pago de un día). Así siguió contratando, hasta que contrató también a algunos en la última hora del día. El pago para todos iba a ser de un denario. Entonces cuando fue a pagar, los primeros, que habían trabajado 11 o 12 horas, se enojaron. Porque dijeron: yo trabajé todo el día y me pagaste un denario, este trabajó una hora ¿y le pagas también un denario? Esta era la parte amarga. Él les dijo: ¿pero yo no acordé esto con vos?

¿Qué es lo que Dios nos ha prometido? No se trata de “cuánto mérito”, y esto entre comillas, alcancemos. Porque no nos olvidemos que la manifestación de nuestra fe son nuestras obras, pero vamos a ser salvos por la fe y por gracia. La parte dulce es esa, la parte amarga es que va a ser para todos igual. En el propio yo esto a veces puede hacer un poquitito de ruido.

Luego Dios nos dice: si te equivocas, tienes el camino del perdón. Lo que nos pide es que nos acerquemos al altar, que podamos reconocer lo que no hemos hecho bien, que nos arrepintamos y nos propongamos no volver a caer en ello. Entonces nos dice: Yo te perdono para que empieces de nuevo. Cada vez que nos llama a su casa. Esta es la parte dulce. ¿La parte amarga cuál es? Que nos dice: También tienes que perdonar, porque si yo te perdono, tienes que perdonar. La medida del perdón también la ponemos nosotros. Cuando oramos el Padre Nuestro decimos: perdónanos como nosotros también perdonamos. Y la otra parte amarga es que un solo pecado ya hace a todo, no importa si son diez pecados o es uno. Un pecado me aleja de Dios. Entonces uno dice: ¿tanto tengo que esforzarme? Sí, es el camino. Dios nos dice que así es el Evangelio, completo.

En este camino Dios quiere fortalecernos para que podamos vencer, quiere darnos la fortaleza cada vez que nos llama a su casa. Esa es la parte dulce; la parte amarga puede estar en la palabra, que a veces no nos gusta. Estamos siempre dispuestos a escuchar lo que queremos escuchar, pero cuando escuchamos algo que no nos gusta...

Yo no sé si esto alguno lo habrá vivido, pero recuerdo que cuando yo era chico me ponían delante el plato de comida y si decía “no me gusta” o “no tengo ganas”, perfecto, iba al refrigerador y a la noche volvía a estar el mismo plato de comida. Porque, me decía mi madre, “si tenés hambre vas a comer”. Con esto lo que quiero decir, llevándolo a la palabra, es que a la palabra la tenemos que tomar como viene, decir que es toda para mí y no que es para el que está al lado, porque a veces pensamos: “Qué lástima que no vino tal o cual, porque le habría venido tan bien la palabra...”. La palabra es para nosotros.

Si yo no la tomo nadie me va a obligar. Pero Dios nos pide que tomemos todo. Si queremos crecer a la imagen de Cristo, tomemos todo. Queremos tomar esta palabra para cada uno de nosotros, esta enseñanza que hoy nos da. Disfrutemos de la parte dulce del Evangelio y también disfrutemos de la parte amarga, tomémoslo en su plenitud, porque va a ser la que nos hará crecer a la imagen de Cristo.

\* \* \*